

Conclusiones

La Segunda Guerra Mundial impuso cambios profundos en la política exterior de México, entre los que destaca un estrecho acercamiento con los Estados Unidos, la entrada al conflicto del lado de los aliados —si bien la participación de México en acciones militares fue muy reducida—, el consecuente rompimiento de las relaciones diplomáticas con los países del Eje y la defensa decidida de la causa aliada a nivel panamericano. La cooperación con los Estados Unidos abarcó muchos campos y, a diferencia de otras épocas, se llevó a cabo mediante una serie de acuerdos formales. El Gobierno mexicano no sólo aceptó, sino que procuró la vinculación de asuntos, a sabiendas de que su capacidad de negociación con su vecino era más amplia gracias al conflicto bélico y al interés que Washington tenía en la cooperación mexicana. Esta cooperación no dejó de causar roces ni estuvo exenta de presiones para que nuestro país fuera más allá de lo que consideraba conveniente en su apoyo a los Estados Unidos, especialmente en materia militar. En éste y otros casos, el Gobierno mexicano intentó por todos los medios ganar tiempo. En varias ocasiones utilizó la diferencia de posiciones mantenidas por distintas dependencias gubernamentales norteamericanas; acudir como recurso último a la Casa Blanca fue relativamente frecuente. El Presidente mexicano jugó también con las diversas fuerzas políticas internas y con las tendencias individuales de los miembros de su gabinete para hacer frente a las presiones externas. En esos años el Gobierno mexicano mostró gran interés en participar en la creación de organismos internacionales, con la confianza en que éstos recogerían muchos de los objetivos de los países del tamaño del nuestro. Sin embargo, este entusiasmo se fue en-

friando conforme se advirtió que los países desarrollados y, en particular, Estados Unidos, tenían prioridades distintas.

En los años de la inmediata posguerra, el Gobierno mexicano concentró su interés en el crecimiento económico del país basado en la sustitución de importaciones de bienes tanto industriales como agrícolas. Para impulsar su industria, cuya producción había crecido al amparo de la guerra, fue definiendo un conjunto de apoyos estatales para la misma y entre los cuales destaca el proteccionismo. Esta política iba en contra del énfasis en el libre cambio que el gobierno norteamericano veía como el fundamento mismo del nuevo orden económico que se consolidó en esos años. El Gobierno de Alemán no dejó en sus esfuerzos por defender su proyecto. Al hacerlo recogió buena parte de la estrategia de negociación de su antecesor; se procuró, eso sí, evitar la vinculación de asuntos o los acuerdos formales en renglones en los que México era especialmente vulnerable. El manejo de la relación con los Estados Unidos siguió siendo parte fundamental de la política exterior del país, si bien se hizo uno que otro intento para recuperar los mercados europeos y japoneses perdidos durante el conflicto bélico. El entusiasmo en los organismos internacionales dio paso a una participación más discreta de México en los mundiales y al esfuerzo por limitar el alcance del organismo regional, sobre todo en lo referente a cuestiones de seguridad colectiva.

En los cincuenta la profundización de la guerra fría, sobre todo a partir del conflicto coreano y su primer reflejo, aunque pálido, en Centroamérica, junto con una serie de razones internas, llevó al gobierno a una fase de aislamiento aún más acentuado. En esos años se llevaron a cabo modificaciones profundas del patrón de crecimiento económico que permitiría mantener éste a ritmo alto y por un buen número de años.

Una serie de razones internas y externas, políticas y económicas, llevaron al siguiente Gobierno, el de López Mateos, a vigorizar la política exterior mexicana. Junto a un esfuerzo de diversificación de los lazos económicos, políticos y culturales del país, se llevó a cabo a nivel hemisférico la firme defensa de los principios tradicionales de autodeterminación y no intervención cuando el continente se vio inmerso en la guerra fría, a raíz de los caminos que recorrió la revolución cubana. Esta defensa, aunque vista con reticencia y aun con enojo por algunos sectores internos, contribuyó a fortalecer la legitimidad del régimen. Tuvo, también, costos en términos de tensión en la relación con Estados Unidos, aunque ésta se redujo con el tiempo, tanto por una actitud más receptiva y una mejor comprensión de la misma por parte de Washington, y en

especial del presidente norteamericano, como por un distanciamiento gradual respecto a Cuba.

Aunque, al parecer, convencido de que México no podía mantener su aislamiento, el Gobierno de Díaz Ordaz, restó énfasis, una vez más, a la política exterior. En lugar de intentar acercarse a países de otros continentes, se adoptó una política de estrechar relaciones con los vecinos y, en esta ocasión, no sólo el del norte, sino también los del sur. Si bien esta política pudo llevarse a la práctica más o menos con éxito durante los primeros cuatro años del sexenio, en los siguientes dos comenzó a tener problemas dados por cambios internos tanto en Estados Unidos como en Centroamérica. El gobierno de Nixon cambió el estilo de trato a México, modificación acorde con su estrategia global, en tanto que en el sur la guerra entre El salvador y Honduras detuvo abruptamente el proceso de integración centroamericana en el que nuestro país había puesto gran interés. Gradualmente los gobernantes mexicanos fueron percibiendo la urgencia de adoptar una política exterior más activa, que procurara promover de manera más efectiva los intereses nacionales, giro éste que intentaría darse a partir del siguiente periodo presidencial.